

ráneos, se avergüenza del sentimiento fácil, y mucho más de mostrarlo a la manera vulgar, ostentosamente, y se refrena, encubre la pasión, no por eso menos impetuosa. De aquí nacen unos versos aparentemente fríos, algebraicos, con la pureza y transparencia del cristal, a través de los cuales, sí, pues son transparentes, se ve el vibrante y encendido llamear de la pasión. Considerado así, «La voz a ti debida» es un poema amoroso, vehemente, como vehementes eran los versos de Garcilaso que dan título al libro de Salinas.

Cuando el poeta dice:

*No quiero que te vayas,  
dolor, última forma  
de amar. Me estoy sintiendo  
vivir cuando me dueles.*

vemos un dolor intenso que no quiere morir, no quiere perder nada de su intensidad, del mismo modo que Garcilaso tenazmente aseguraba:

*No me podrán quitar el dolorido  
sentir, si ya del todo  
primero no me quitan el sentido.*

En «La voz a ti debida» Salinas se muestra como un poeta esencial, denominación que un gran crítico, Amado Alonso, también ha aplicado a Jorge Guillén. Salinas busca las esencias de las cosas, no se contenta con las apariencias, con lo mudable y transitorio, y persigue la verdadera realidad de los seres. De ahí resulta en su poesía esa doble faz de realidad e irrealidad, ese doble juego de lo verdadero y lo imaginado. El poeta en «La voz a ti debida» habla a la amada, la contempla, la besa, tiene su presencia ante los ojos, pero cuando llega a la cum-

bre de los momentos amorosos pide más, una realidad más última, que trascienda lo aparente, pide la esencia de la amada. Por eso dice:

*Sí, por detrás de ti te busco.*

y se alegra de:

*Haber llegado yo  
al centro puro, inmóvil, de ti misma  
atravesando todo  
lo que en ti cambia  
a lo desnudo y a lo perdurable.*

Busca la verdad más honda de la amada. Indudablemente, esto es una abstracción, como abstracciones eran las que hacía Guillén desde las realidades elementales. Y este ansia por lo esencial, por lo eterno de las cosas, nace de un pensar filosófico e inteligente, aunque hemos de reconocer que humano. ¡Qué más da expresarlo de este modo geométrico, con este lenguaje conceptuoso, que a lágrima viva como lo podría decir un poeta romántico, o angustiosamente a la manera unamuniano! Lo angustioso aquí, lo inquietante, es que este ansia del poeta por aprehender lo inaprehensible no puede satisfacerse nunca. La «inagotable», la «infinita» que es la amada, no acaba de entregarse del todo, aunque aparentemente se entregue con los ojos cerrados:

*Entrégame tú de ella  
lo que no me dió nunca.*

dicen los versos. Entonces sucede algo extraño, y es que el poeta, en su deseo por hallar esa amada, la imagina, ve una «amada ideal» o «intelectual», detrás de la verdadera, y lo que puede parecer más extraño todavía, la sustituye y vive feliz.

La recreación de la amada en Pedro